Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/

Los Coléricos

Por Bernardo Marqués

En una lucha desigual, la barriada Los Coléricos desafiaba constantemente al turbulento mar abierto de la costa norte de mi pueblo. Las marejadas de noviembre que llamaban apropiadamente "de los muertos" en adhesión al Santoral y a su furia destructora, diezmaban considerablemente aquella comunidad cada año llevándose las frágiles casuchas izadas en zancos de madera en la pendiente del farallón o hincadas en la arena próxima a la base de este. Pero el tenaz Sísifo boricua las reconstruía una y otra vez sin más esperanza de persistir que la que pudiera brindarle su fe en la generosidad de los cielos.

En ellas vivían, si así puede llamársele a aquel subsistir precario, los más pobres de los pobres. Los poco menos desafortunados vivían en casuchas plantadas directamente sobre la tierra en el mero borde superior del acantilado o unos metros más tierra adentro. Aunque aún no se había popularizado la designación de "invasores" para describir a aquellos desventurados, ciertamente cualificaban para el mote. Los terrenos que ocupaban pertenecían al gobierno, y habían sido utilizados como un cementerio de fosas comunes para el entierro anónimo de las 1502 víctimas mortales de la epidemia del cólera morbo del 1855 en Arecibo. De noche aun podían verse luces fatuas emanando de aquel suelo. Los adultos, que sabían de que se trataban los efímeros destellos, decían a los niños que eran cucubanos y estos se lo creían a pesar de que nunca pudieron atrapar uno.

La actividad comercial del barrio se limitaba al Macelo Municipal que obsequiaba con enjambres de moscas, no sólo a sus habitantes y vecinos inmediatos, sino también, a todas las comunidades cercanas, y a un par de negocios de expendio de bebidas en los que la desesperanza y otras pasiones desataban con frecuencia riñas mortales a cuchilladas y machetazos a falta de armas de fuego, que aun no habían proliferado. No era raro ver pasar muy cerca de nuestra casa a un grupo de personas cargando a un moribundo, mutilado y sangrante, en ruta al Hospital Municipal que colindaba con el extremo este del barrio. En ambos negocios operaba una vellonera siempre al máximo de su volumen, lanzando las ondas sonoras de su pinacoteca de odios y frustraciones, de amores muertos y celos a los aires, llevando su carga de dolor mucho más allá de la más atrevida de las moscas. Felipe Rodríguez, Davilita, Daniel Santos y el charro mejicano de moda, eran los favoritos de los clientes que contaban, además de con sus penas, con la moneda necesaria para gestionarse los tres minutos de catarsis que le brindaban aquellos boleros y rancheras desgarrados.

Además de engendrar moscas y otras sabandijas, el Macelo descargaba todos sus desperdicios al mar cercano y había convertido aquel tramo de playa en un criadero de tiburones. Por si fuera poco, había dos grandes tubos de descargas sanitarias crudas hechos de ladrillo y argamasa que vomitaban día y noche su contenido mar adentro a menos de dos metros de la orilla. El tiempo y el mar habían expuesto tramos largos de estos por los que muchas veces las inmundicias se desbordaban sobre la arena convirtiéndola en una pestilente antesala al agua. La bruma salitrosa que el mar levantaba al reventar en la costa de todo aquel litoral, elevaba un vaho horrible y pegajoso, mezcla de algas descompuestas y excrementos humanos. Solo los niños

habitantes del barrio y los que como yo lo visitábamos con frecuencia, éramos felices en medio de tanta miseria y pestilencia. La libertad, los retos y las amistades que allí encontrábamos nos hermanaban y eran la causa de nuestra euforia en medio de aquella geografía cuyo dolor aun no comprendíamos.